

## EL EJÉRCITO DE SAN MARTÍN TRIUNFA EN CHILE

A pesar de sus grandes diferencias de carácter y trayectoria es inevitable realizar comparaciones entre dos figuras tan fundamentales como Bolívar y San Martín. Si nos situamos en el horizonte de 1817 es notable la similitud de sus decisiones y los ventajosos resultados obtenidos. Ambos se refugiaron en el interior continental para definir una nueva estrategia emancipadora y protegerse de amigos y enemigos. Ambos salieron de allí para protagonizar campañas extraordinarias y de efectos percederos en la fundación de nuevas repúblicas.

Se ha descrito a José de San Martín como parco en palabras, estoico, culto y desapegado del poder, según demostró en varias ocasiones a lo largo de su existencia, concluida en las cercanías de París en 1850. Nacido en 1778 en Yapeyú, antiguo territorio jesuita del alto Uruguay, tuvo a diferencia de Bolívar la más metódica de las formaciones, debido a que ingresó como cadete en el ejército real y sirvió en Málaga, Cartagena, Murcia, Tarragona y Orán. Estudioso y buen lector, en la Guerra de Independencia peninsular rindió apreciables servicios, pero a finales de 1811 se ausentó de su destino «para atender sus intereses en Lima» y viajó a Londres. Allí se puso en contacto con otros patriotas americanos y fue iniciado en la logia masónica que Miranda había fundado años atrás. A principios de 1812 embarcó para Buenos Aires y junto con Alvear organizó una unidad de granaderos a caballo. También colaboró con el propio Alvear y José Matías Zapiola en la fundación de la Logia Lautaro, llamada a influir sobremanera en la política porteña. Tuvo que ver con el motín que derribó al primer triunvirato en octubre de 1812.

Más tarde dirigió a los granaderos en un ataque realista a Montevideo y obtuvo el mando del Ejército del Norte, que había sido derrotado dos veces en sus intentos de invasión del Alto Perú.

En lugar de conducir sus fuerzas a otra desesperada invasión del altiplano altoperuano, hastiado de las luchas de poder en Buenos Aires, San Martín alegó mala salud y adquirió un destino como gobernador de Cuyo. La provincia se convertiría en el punto de partida para la invasión de Chile y eventualmente para el asalto al bastión realista del Perú, que sin duda ya planeaba. Desde abril de 1814 a febrero de 1817 estableció su cuartel general en Mendoza, atrajo milicianos y voluntarios de Buenos Aires y creó el Ejército de los Andes, al que sumó esclavos negros con promesas de emancipación y refugiados patriotas chilenos de la derrotada Patria Vieja. Llegó así a contar con alrededor de 4.000 hombres y 1.400 auxiliares listos para la invasión del Chile realista, que ejecutó con la precisión de un militar profesional. Fueron donados, fabricados o requisados caballos, mulas, pólvora, víveres, mosquetes, lanzas, espadas, artillería y ropas y calzado para los hombres, así como equipo para las caballerías. Su esposa, Remedios de Escalada, le ayudó a recaudar donativos y contó con diversos técnicos para resolver problemas específicos. Como el director supremo de Buenos Aires ambicionaba apoderarse de su fuerza militar, le confundió respecto a sus intenciones. Igual hizo con los realistas de Chile, enviando barcos para que pensarán que la invasión tendría lugar por vía marítima.

El 9 de enero de 1817, en el verano austral, el Ejército de los Andes inició su marcha hacia la cordillera, que cruzó en su mayor parte por dos pasos principales, Us-

pallata y Los Patos. En palabras de San Martín, dueño de una prosa notarial, «las principales dificultades fueron la falta de población y caminos, la falta de ganado y sobre todo la falta de pastos. El ejército tenía 10.600 mulas de montar y de carga, 1.600 caballos y 700 cabezas de ganado, y pese a los cuidados más escrupulosos sólo llegaron a Chile 4.300 mulas y 511 caballos, en muy malas condiciones. Dos obuses de seis pulgadas y diez piezas de artillería de cuatro pulgadas fueron transportadas por 500 carros, aunque durante gran parte del trayecto hubo que transportarlas a mano, con la ayuda de aparejos y poleas cuando alcanzaban los picos más altos. Era necesario cruzar cinco cadenas de montañas. La mayor parte del ejército sufrió la falta de oxígeno y, como resultado, murieron varios soldados, además de los que sucumbieron por la intensidad del frío». En línea recta fueron unos 240 kilómetros, para cuyo recorrido emplearon un mes completo.

La operación había sido modélica y, como los realistas creyeron que la fuerza patriota principal ingresaría por el sur, había pocas tropas en el valle central chileno para hacerle frente. En la Batalla de Chacabuco, que tuvo lugar el 12 de febrero de 1817, San Martín consiguió una importante victoria que le permitió entrar en Santiago. La impopularidad del absolutismo fernandino, como en otros lugares, había reducido sobremanera el apoyo de los realistas entre los criollos. San Martín convocó un cabildo abierto para que designara tres electores por Santiago, Coquimbo y Concepción, que debían decidir quién sería el director supremo de Chile. Éstos le eligieron para el cargo, pero declinó ese honor, aceptando únicamente el de comandante en jefe del Ejército Unido de los Andes, formado por rioplatenses y chilenos.

Una nueva asamblea designó director supremo a Bernardo O'Higgins, quien proclamó la independencia absoluta de España en febrero de 1818. Un año después los realistas, acantonados en el sur, reforzados por tropas enviadas desde el Perú y milicias de indígenas araucanos, tal y como había ocurrido al final de la Patria Vieja en 1814, derrotaron a O'Higgins en Cancha Rayada. Mientras los patriotas pusilánimes hacían planes para cambiarse de bando o huir, San Martín dispuso su ejército ante el veterano realista Osorio y el 5 de abril de 1818 lo venció en Maipú. De los 10.000 combatientes sólo un 25 por ciento eran europeos. Una cuarta parte de ellos perdió la vida, pero se había salvado la recién proclamada independencia chilena.

#### RUMORES NO TAN INFUNDADOS

A lo largo de los tres años transcurridos desde el cruce de los Andes por San Martín y su ejército en enero de 1817, la independencia de los antiguos reinos de Indias hizo grandes progresos bajo formas abrumadoramente republicanas. Simón Bolívar, que había llevado a cabo una asombrosa ofensiva en Nueva Granada, confinó a los realistas a zonas costeras, aunque en el interior había sólidas provincias hostiles al nuevo orden. En Nueva España, Guatemala o las Antillas, el fidelismo continuaba boyante, igual que en el inexpugnable Perú que San Martín se preparaba para atacar. La presión internacional sobre la Monarquía española se limitaba a exigirle la libertad de comercio, que de facto se había logrado en muchos sitios. En términos militares, a pesar de que era ostensible que como fuerza de combate el ejército

de veteranos peninsulares de Morillo había dejado de existir para ser reemplazado por un cuerpo de agotados oficiales peninsulares y algunos fieles criollos que gobernaban con dificultad una hostilizada fuerza de pardos, mestizos e indígenas, había una esperanza renacida de replicar aquel discutible experimento expedicionario en el Río de la Plata. En los alrededores de Cádiz casi 22.000 soldados se encontraban preparados para cruzar el Atlántico, pero a pesar de los persistentes rumores nadie pareció relacionar la existencia de esta gran fuerza militar con el hecho de que en trece ocasiones desde su restauración en 1814 unidades del Ejército español se habían pronunciado contra el régimen absolutista fernandino pagando un alto precio en sangre por ello.

El liberalismo continuaba siendo una ideología compartida por muchos jóvenes oficiales y soldados. Más allá de esta circunstancia aquellas tropas llevaban en algunos casos hasta cuatro años esperando embarcar. Durante ese tiempo, enfermedades, desmoralización, falta de paga y la acción de sociedades secretas favorables a la emancipación americana minaron su voluntad de cruzar el Atlántico. El escándalo de corrupción relacionado con la compra de cinco navíos y una fragata rusos, podridos e incapaces de navegar, en los que iban a ser trasladados, y el retorno de veteranos del ejército de Morillo, pródigos en relatos de terror sobre la dureza y crueldad de las guerras de América, también influyeron en los más decididos. Pero la gota que colmó el vaso fue la oportunidad de librar por fin a España del absolutismo. El día de Año Nuevo de 1820 un regimiento conducido por el coronel Rafael del Riego se sublevó en Cabezas de San Juan con el objetivo de restaurar la Constitución de 1812 y, sin manifestarlo, por el abando-

no de la expedición al Plata. Tres meses más tarde, después de una lenta serie de adhesiones a la Proclama de Riego, ante una multitud amenazante, Fernando VII hizo pública en Madrid su intención de restaurar la Carta gaditana. Con aquella pintoresca y dramática escena se cerraba una etapa en la que el absolutismo había conferido un gran impulso a las independencias americanas. En el colmo de las paradojas, al ejercer de liberal obligado, el nefasto rey iba a darles el empujón definitivo.